

Novena
al Corazón
de María

AÑO 2022



Introducción

El XXVI Capítulo General adoptó este compromiso: “Intensificar la dimensión cordimariana de nuestra espiritualidad: confesión de Dios, revolución de la ternura (cf. EG 88, 288), esperanza de los pueblos y sueño de un mundo nuevo. Practicaremos con creatividad las devociones de nuestra tradición y de nuestros pueblos” (QC 47). Inspirada en este compromiso, la Prefectura General de Espiritualidad y Vida Comunitaria ha convocado a ocho misioneros, representativos de las diferentes áreas geográficas de la Congregación, para conformar una comisión encargada de preparar las novenas al Corazón de María para el sexenio. No se pretende dejar de lado las fórmulas propuestas en el Directorio Espiritual (cf. nn. 147-148), sino ofrecer una alternativa inspirada en los rasgos cordimarianos resaltados en *Querida Congregación* (cf. QC 47).

El primer año, la novena está centrada en la confesión de Dios, que es el primer aspecto cordimariano resaltado en la declaración capitular. Esta confesión se plasma en el Magníficat de María. Ya en *Missionarii sumus* se decía lo siguiente:

«Reconocemos agradecidos que el Señor nos ha bendecido generosamente. Aunque el pecado ha seguido y sigue dándose entre nosotros, los signos de su gracia han sido y son mucho más numerosos. Unidos a María, deseamos extender su Magníficat porque el Poderoso ha hecho obras grandes» (MS 36).

El Magníficat es un himno que refleja la espiritualidad de los pobres de YHWH. Es como un cantar de gesta que evoca las proezas del brazo divino y traza los rasgos de Dios tal como se ha manifestado en sus acciones históricas. Centrado en el protagonismo del Señor, pasa por alto la cooperación humana suscitada por él.

María confiesa y engrandece a Dios
en el Magníficat

Cada día de la novena, siguiendo paso a paso el desarrollo del cántico evangélico, haremos alto en uno de esos rasgos o facetas que apuntan a la identidad divina revelada en su dispensación salvífica.

El esquema de la novena cuenta con cuatro partes. En la parte introductoria encontramos una monición, un canto (cada comunidad puede elegir el más conveniente), un saludo y la oración de inicio. La segunda se centra en la proclamación de un texto bíblico, seguido de un breve momento de silencio contemplativo. La tercera, titulada “Meditamos con María y sobre María”, ofrece algunas breves reflexiones sobre el tema de la novena y dos textos complementarios (ya sea de los escritos del P. Claret o de otros autores), que pueden iluminar lo reflexionado. En la última parte, encontrarán las preces, el Padre nuestro, la oración conclusiva (que será la misma para los nueve días), la bendición y el canto final. Cada comunidad puede usar este material como mejor le convenga tratando de acomodarlo a sus necesidades.



1. Introducción

Monición de entrada: El Magníficat, más que un «himno a la alegría» y al Creador, es un himno al Dios de la alegría y Salvador. Al corazón de María lo inunda el júbilo de los tiempos mesiánicos que ya no son solo una promesa, sino una presencia; no traen un estado pasajero de euforia, sino gozo duradero; porque, al llegar la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer. Este Hijo es para siempre el Emmanuel: el Dios-con-nosotros.

Canto.

Saludo litúrgico.

Oración: Dios y Padre nuestro, recordamos a María, que recibió el gozoso anuncio del ángel; concede a cuantos nos llamamos hijos de su corazón la gracia de comunicar la alegría del evangelio, para que el encuentro con Jesús libere del pecado, de la tristeza, del vacío interior y del aislamiento. Por Jesucristo, nuestro Señor.

2. Escuchamos la Palabra de Dios

Lc 2,6-14

Le llegó a María el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada. En aquella misma región había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño. De repente un ángel del Señor se les presentó; la gloria del Señor los envolvió de claridad, y se llenaron de gran temor. El ángel les dijo: «No temáis, os anuncio una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre». De pronto, en torno al ángel, apareció una legión del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que Dios ama».

Silencio meditativo.

3. Meditamos con María y sobre María

Tenemos motivos para la alegría: hemos recibido una buena noticia, la Buena Noticia. Se nos revela el verdadero rostro de Dios, tan desfigurado por palabras falaces, por mensajes que se pretenden liberadores, por torpezas nuestras. Recordamos la propaganda de unos ateos: «Probablemente no hay Dios; así que no te preocupes y disfruta de la vida». ¿En qué Dios pensaban? ¿Qué esperanza puede haber para nuestro mundo y para los descartados de la historia, si Dios no existe o no tiene los rasgos que desgrana el Magnificat? No es envidioso, avaro, mezquino. No escatima ni tasa sus dones. Lo que reclama es que dilatemos el deseo y la esperanza, para que él pueda acrecentar nuestro conocimiento y derramar más su amor en nuestros corazones. Da el Espíritu sin medida (cf. Jn 3,34).

«¡Alégrate, llena de gracia!»: así se puede traducir el saludo inicial del ángel Gabriel a María, cuando percibimos en ese saludo resonancias del Antiguo Testamento (Sofonías, Joel, Zacarías). El espíritu de María cantará jubilosamente a Dios, que se ha mostrado espléndido con ella y ha alegrado su juventud (cf. Sal 42,4 Vulg.). Esa alegría, de por sí comunicativa, se irradia y alcanza al hijo de Isabel, a los pastores, al pueblo, a los magos, a las generaciones cristianas, a nosotros.



Texto complementario 1. «En aquellos dos primeros años [en Cuba] llovió muchísimo. En una ocasión llovió nueve meses, sin dejar un día de llover, y hubo días que llovió continuamente con sus noches, así es que nos veíamos apurados para viajar, y, no obstante, yo y los compañeros andábamos y las gentes asistían continuamente; y siempre muy contentos y muy alegres, y a veces ni teníamos lo necesario para la vida.»

«De Mayarí pasamos a Santiago, la Capital, distante cuarenta leguas. Como el camino es muy solitario, tuvimos que llevarnos provisión para poder comer. Salimos el lunes de la Semana Santa. Nos llevamos un potaje de bacalao con garbanzos y patatas en una olla de barro. Después de haber andado mucho camino, los compañeros dijeron que habíamos de comer. Nos detuvimos, sacaron la olla, encendieron fuego, y, para resguardarse del viento, se arrimaron al tronco de una grande caoba. Todos íbamos por leña; fue tan grande el calor del fuego, que se rompió la olla. Nos procuramos una yagua, que en aquel bosque hay muchas (las yaguas son unas hojas grandes que se caen de las palmeras, como unos pellejos de carneros), y en una yagua pusimos el potaje por haberse roto la olla de resultas del demasiado calor del fuego; nos hallamos sin cuchara ni tenedor, y cogimos unas güiras, y con aquello comimos nuestro rancho o potaje. Tuvimos sed, y para beber cogimos otra yagua, y, atada por los extremos, formamos un balde y lo llenamos de agua y así bebimos muy regaladamente. Todos estábamos tan contentos y tan alegres, que era una maravilla.» (San Antonio María Claret, *Autobiografía*, nn. 539,543).

Texto complementario 2. «Una tarde de invierno estaba yo, como de costumbre, cumpliendo con mi tarea [atender a una hermana]. Hacía frío y era de noche... De pronto, oí a lo lejos el sonido armonioso de un instrumento musical. Entonces me imaginé un salón muy iluminado, todo resplandeciente de ricos dorados; unas jóvenes elegantemente vestidas se hacían unas a otras toda suerte de cumplidos y de cortesías mundanas. Luego mi mirada se posó sobre la pobre enferma a la que estaba sosteniendo: en vez de una melodía, escuchaba de tanto en tanto sus gemidos lastimeros; en vez de ricos dorados, veía los ladrillos de nuestro austero claustro apenas alumbrado por una lucecita. No puedo expresar lo que pasó en mi alma. Lo que sí sé es que el Señor la iluminó con los rayos de la verdad, que excedían de tal forma el brillo tenebroso de las fiestas de la tierra, que no podía creer en mi felicidad... No, no cambiaría los diez minutos que me llevó realizar mi humilde servicio de caridad por gozar mil años de fiestas mundanas» (Teresa del Niño Jesús, *Historia de un alma*, manuscrito C, 29v-30r).

4. Oramos juntos

Por medio de la Madre de tu Hijo, a la que invocamos como causa de nuestra alegría, te presentamos, Padre, nuestros deseos:

Señor, escúchanos, Señor, óyenos.

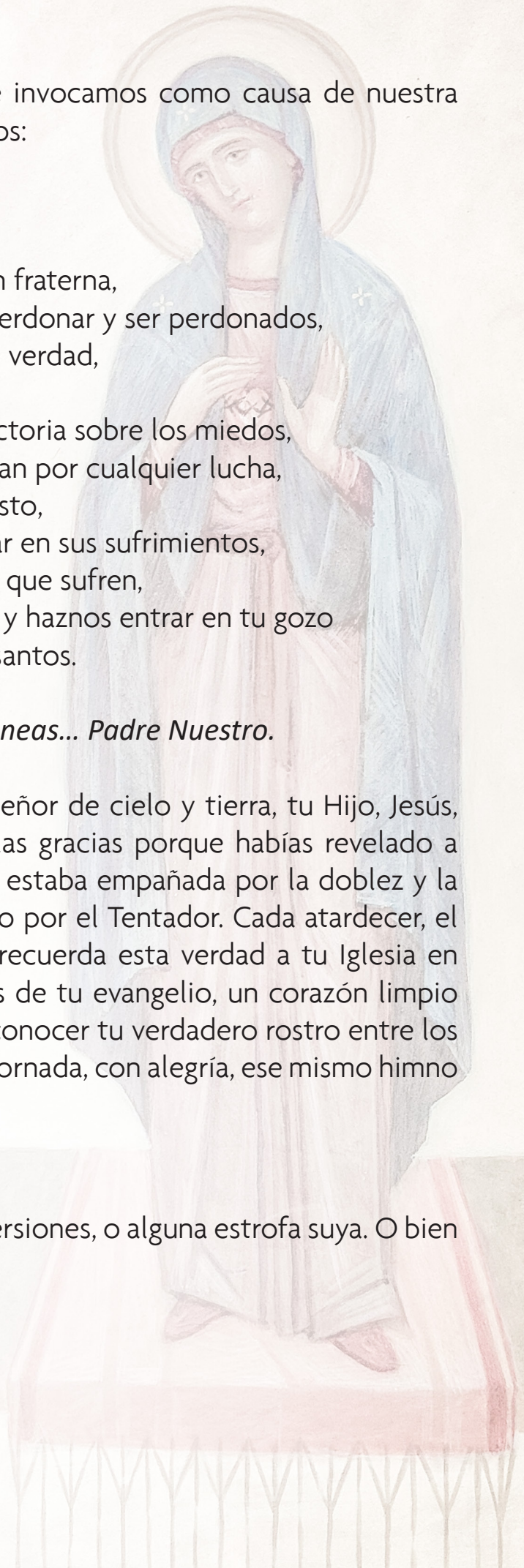
- Danos a sentir la dulzura de la comunión fraterna,
- Concédenos experimentar la dicha de perdonar y ser perdonados,
- Otórganos el gozo de conocer y amar la verdad,
- Danos la alegría compañera del bien,
- Suscita en nosotros el contento de la victoria sobre los miedos,
- Da tu abundante consuelo a los que pasan por cualquier lucha,
- Úngenos con el óleo de la alegría de Cristo,
- Danos el regocijo que brota de participar en sus sufrimientos,
- Haznos gustar la felicidad de servir a los que sufren,
- Llévanos a la ciudad de la eterna alegría y haznos entrar en tu gozo y fruición, junto con María y todos los santos.

Se pueden añadir algunas oraciones espontáneas... Padre Nuestro.

Oración conclusiva: Dios y Padre nuestro, Señor de cielo y tierra, tu Hijo, Jesús, lleno de júbilo en el Espíritu Santo, te dio las gracias porque habías revelado a los sencillos tu limpia y luminosa verdad; no estaba empañada por la doblez y la desconfianza instiladas en el corazón humano por el Tentador. Cada atardecer, el canto jubiloso de María, tu humilde sierva, recuerda esta verdad a tu Iglesia en oración. Crea, Padre, en nosotros, misioneros de tu evangelio, un corazón limpio como el suyo, para que te veamos, demos a conocer tu verdadero rostro entre los hombres y podamos entonar al final de cada jornada, con alegría, ese mismo himno en tu honor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Bendición.

Canto final: El Magníficat, en alguna de sus versiones, o alguna estrofa suya. O bien el himno al Corazón de María.



1. Introducción

Monición de entrada: Nuestra vida personal, en cualquiera de sus aspectos, es preciosa, a la vez que frágil y expuesta a gran variedad de males. Nos habita un deseo de plenitud que somos incapaces de llenar por nosotros mismos. Pero podemos abrirnos confiadamente a quien es el manantial de esa vida que colma de sentido y de alegría. El Corazón humilde y sencillo de María es nuestro modelo en la apertura a los dones de Dios; ella lo confiesa su Salvador.

Canto.

Saludo litúrgico.

Oración: Dios y Señor nuestro, que miraste con ojos de amor la humillación de tu esclava y enalteces a los humildes, colmas de bienes a los hambrientos y tiendes la mano a los caídos, mira a estos hijos y servidores tuyos, muéstranos tu misericordia y danos tu salvación y tu paz; y a los que confesamos que nuestra salud-salvación nace de la herida de Cristo, haznos experimentar que la fuerza se realiza en la debilidad y la vuelve victoriosa. Por Jesucristo, nuestro Señor.

2. Escuchamos la Palabra de Dios

Is 45,15-18.21-22

«Es verdad: tú eres un Dios escondido, el Dios de Israel, el Salvador». Se avergüenzan y se sonrojan todos por igual, se van avergonzados los fabricantes de ídolos; mientras el Señor salva a Israel con una salvación perpetua, para que no se avergüencen ni se sonrojen nunca jamás. Así dice el Señor, creador del cielo él es Dios [...]. «Declarad, aducid pruebas, que deliberen juntos: ¿Quién anunció esto desde antiguo, quién lo predijo desde entonces? ¿No fui yo, el Señor? No hay otro Dios fuera de mí. Yo soy un Dios justo y salvador, y no hay ninguno más. Volveos hacia mí para salvaros, confines de la tierra, pues yo soy Dios, y no hay otro».

Silencio meditativo.

3. Meditamos con María y sobre María

«El Salvador»: es un nuevo título divino. ¡Hay tantas situaciones individuales y colectivas en que necesitamos que nos tiendan una mano! La caída en un hoyo, estar sepultado bajo escombros; una enfermedad, una adicción, un estado de angustia; la peste, el hambre, la guerra; la ignorancia, el error, el engaño, el abuso, la esclavitud; la culpa, la muerte... Israel fue salvado del poder del Faraón, liberado de invasiones, rescatado de la deportación. Dios se valió de agentes humanos: Moisés, los jueces, Ciro. Y el Señor perdonó una y otra vez a su pueblo. Jesús realizó actos de salvamento y es el portador de la salvación definitiva: por su entrega obediente fuimos rescatados de la culpa; y en su resurrección y el don del Espíritu tenemos la promesa y la prenda de la victoria sobre la muerte. Estamos salvados en esperanza.

María canta a Dios, su Salvador, que la ha librado de la humillación y la ha colmado, sin desdeñarla por su condición humilde y su pequeñez social. Canta al Dios que auxilia a Israel, al Dios que despliega su misericordia una generación tras otra, al Dios que discierne entre vidas abiertas a su voluntad (los humildes y los hambrientos) y vidas seriamente exentas de dignidad (los poderosos y los ricos), al Dios que ha hecho amanecer los tiempos mesiánicos, al Dios que llevará a término su designio de salvación. Es el Dios que nos ha redimido en su Hijo, al que en la circuncisión se impondrá el nombre de Jesús: YHWH salva. Nos toca confiar, acoger su salvación y cooperar en ella.



Texto complementario 1. «Conozco que en el orden de la gracia soy como un hombre que se puede echar en un profundo de un pozo, pero que por sí solo no puede salir. Así soy yo. Puedo pecar, pero no puedo salir del pecado sino por los auxilios de Dios y méritos de Jesucristo. Puedo condenarme, pero no puedo salvarme sino por la bondad y misericordia de Dios.

Conocí que en esto consiste la virtud de la humildad, esto es, conocer que soy nada, que nada puedo sino pecar, que estoy pendiente de Dios en todo: ser, conservación, movimiento, gracia; y estoy contentísimo de esta dependencia de Dios, y prefiero estar en Dios que en mí mismo» (San Antonio M^a Claret, *Autobiografía*, nn. 346-347).

Texto complementario 2. Lolo Jones es doble campeona del mundo en la prueba de 60 metros vallas en pista cubierta y tres veces olímpica. En *Salvando obstáculos* (Palabra, Madrid, 2022) narra su historia de superación. Se enfrentó a la pobreza, a la desestructuración familiar, a la violencia del padre contra su madre, a los reveses en el deporte. En este camino hay un compañero especial: Dios. Confiesa ella: «Ha sido mi salvador» (Alfa y Omega, del 28 de abril al 4 de mayo de 2022, p. 25).

4. Oramos juntos

Aclamemos con María a nuestro Dios, y supliquémosle, diciendo:

Tú eres un Dios justo y salvador.

- Haz brillar tu rostro sobre nosotros y concédenos tu paz,
- Salva a tu pueblo y bendice tu heredad,
- Danos vida, para que confesemos tu nombre,
- Concede el retorno a tu Iglesia a quienes se han alejado de ella,
- Ayúdanos a superar la discordia y las divisiones,
- No permitas que nos dominen la tibieza y la mediocridad,
- Conforta a los que pasan por tentaciones, tribulaciones y pruebas,
- Vuélvenos solícitos por el bien de los hermanos,
- Haznos atentos al estado y necesidad de los que sufren,
- Salva a los difuntos, por los que tu Hijo entregó su vida.

Se pueden añadir algunas oraciones espontáneas... Padre Nuestro.

Oración conclusiva: Dios y Padre nuestro, Señor de cielo y tierra, tu Hijo, Jesús, lleno de júbilo en el Espíritu Santo, te dio las gracias porque habías revelado a los sencillos tu limpia y luminosa verdad; no estaba empañada por la doblez y la desconfianza instiladas en el corazón humano por el Tentador. Cada atardecer, el canto jubiloso de María, tu humilde sierva, recuerda esta verdad a tu Iglesia en oración. Crea, Padre, en nosotros, misioneros de tu evangelio, un corazón limpio como el suyo, para que te veamos, demos a conocer tu verdadero rostro entre los hombres y podamos entonar al final de cada jornada, con alegría, ese mismo himno en tu honor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Bendición.

Canto final: El Magníficat, en alguna de sus versiones, o alguna estrofa suya. O bien el himno al Corazón de María.



1. Introducción

Monición de entrada: «¿A dónde escaparé de tu mirada?» (Sal 139,7) decía el salmista al Señor. Esta mirada de Dios, al vernos en Cristo, es la de un Padre que siente ternura por sus hijos y se acuerda de que son barro. Esa mirada se posó sobre María, la llena de gracia. Pedimos que se pose sobre nosotros como sobre ella y que nos purifique y embellezca, como la embelleció a ella, la inocente, la inmaculada, la toda hermosa.

Canto.

Saludo litúrgico.

Oración: Dios y Padre nuestro, tu mirada llega a lo más íntimo del corazón y lo escudriña. María encontró gracia ante ti. Te pedimos que nos veas con buenos ojos y que tu mirada nos perdone, cure y recree; danos tu gracia, para que busquemos complacerte en todo y hagamos lo que es grato a tus ojos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

2. Escuchamos la Palabra de Dios

Salmo 33,13-22

El Señor mira desde el cielo, se fija en todos los hombres. Desde su morada observa a todos los habitantes de la tierra: él modeló cada corazón, y comprende todas sus acciones. No vence el rey por su gran ejército, no escapa el soldado por su mucha fuerza; nada valen sus caballos para la victoria, ni por su gran ejército se salvan. Los ojos del Señor están puestos en quien lo teme, en los que esperan su misericordia, para librar sus vidas de la muerte y reanimarlos en tiempo de hambre. Nosotros aguardamos al Señor: él es nuestro auxilio y escudo; con él se alegra nuestro corazón, en su santo nombre confiamos. Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti.

Silencio meditativo.

3. Meditamos con María y sobre María

Nuestro Dios no es como el de cierto filósofo de la antigüedad: una deidad que no conoce ni ama las realidades de este mundo y nos ignora «olímpicamente» por así decir. Nuestro Dios, al concluir su obra creadora, viendo que todo lo que había hecho, era muy bueno (Gén 1,31), tuvo un sentimiento de complacencia. Y se complace en sus fieles que confían en su misericordia (Sal 147,11). Estos le pueden pedir: «Mírame, y ten misericordia de mí, que estoy solo y afligido» (Sal 25,16). Por ese motivo, el profeta le preguntará impaciente ante su inacción y falta de respuesta: «Tus ojos, puros para contemplar el mal, no soportan ver la opresión. ¿Por qué, pues, ves a los traidores y callas, cuando el malvado se traga al justo?» (Hab 1,13).

Dios ha visto la condición humilde de su sierva. Y, al posar su mirada en ella, la ha colmado de su gracia y bendiciones. María podrá cantar con san Juan de la Cruz: «Cuando tú me mirabas, | su gracia en mí tus ojos imprimían; | por eso me adamabas, | y en eso merecían | los míos adorar lo que en ti vían» (*Cántico espiritual*, canción 32 [A23]). Ella, así agraciada, podrá a su vez mirarnos con ojos de misericordia. Se lo pedimos en la Salve: «Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos».



Texto complementario 1. Cuando Pablo VI fue a Bombay, donde los católicos apenas llegaban a medio millón, acudieron a recibirlo cuatro millones de personas. ¿Cómo se puede entender esto? Un catedrático de Historia de las religiones de la Universidad de Nueva Delhi explicaba: «No han venido a ver al Papa. Han venido a ser vistos por él. Para un oriental, los ojos de un hombre santo transmiten salvación, iluminan y purifican las almas de aquellos a quienes miran».

Texto complementario 2. «Hoy he venido en medio de ustedes, es más, hemos venido todos juntos para encontrar la mirada de María, porque allí está el reflejo de la mirada del Padre que la hace Madre de Dios, y la mirada del Hijo desde la cruz, que la hace Madre nuestra. Tenemos necesidad de su mirada de ternura, de su mirada materna que nos conoce mejor que cualquier otro, de su mirada llena de compasión y de cuidado.

María, hoy queremos decirte: ¡Madre, danos tu mirada! Tu mirada nos lleva a Dios, tu mirada es un don del Padre bueno, que nos espera en cada encrucijada de nuestro camino. Es un don de Jesucristo en la cruz, que carga sobre sí nuestros sufrimientos, nuestras fatigas, nuestros pecados» (Papa Francisco, en Cagliari, 22 de septiembre de 2013).

4. Oramos juntos

Te rogamos, Padre, por la Iglesia, vela con amor por ella y por cada uno de sus hijos. Respondemos:

Mira a la Madre de tu Hijo y escúchanos.

- No dejes que tu Iglesia se encierre en la estéril contemplación de sí misma,
- Concédele irradiar la luz de Cristo con su presencia, anuncio, diálogo y acción,
- Danos tu Espíritu, que eduque nuestra mirada, nuestros sentimientos y nuestra acción,
- Danos mirada y entrañas de misericordia,
- No permitas que permanezcamos ciegos e insensibles ante los que sufren,
- Otórganos vivir en santidad y justicia en tu presencia todos nuestros días,
- Haz que no veamos con complacencia lo que no es recto a tus ojos,
- Enséñanos a sondear nuestro corazón y a purificar nuestras intenciones y deseos.

Se pueden añadir algunas oraciones espontáneas... Padre Nuestro.

Oración conclusiva: Dios y Padre nuestro, Señor de cielo y tierra, tu Hijo, Jesús, lleno de júbilo en el Espíritu Santo, te dio las gracias porque habías revelado a los sencillos tu limpia y luminosa verdad; no estaba empañada por la doblez y la desconfianza instiladas en el corazón humano por el Tentador. Cada atardecer, el canto jubiloso de María, tu humilde sierva, recuerda esta verdad a tu Iglesia en oración. Crea, Padre, en nosotros, misioneros de tu evangelio, un corazón limpio como el suyo, para que te veamos, demos a conocer tu verdadero rostro entre los hombres y podamos entonar al final de cada jornada, con alegría, ese mismo himno en tu honor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Bendición.

Canto final: El Magníficat, en alguna de sus versiones, o alguna estrofa suya. O bien el himno al Corazón de María.



1. Introducción

Monición de entrada: No es más poderoso quien destruye, sino el que es capaz de crear y de curar. Dios es el todopoderoso: en su mano está el poder y la fuerza, él engrandece y conforta a todos; ahí muestra la grandeza de su poder. Saca el mundo de las tinieblas de la nada; saca a Israel de las tinieblas de la esclavitud; saca a Jesús de las tinieblas del sepulcro; saca de lo hondo el corazón de piedra e implanta un corazón de carne; muestra su omnipotencia sobre todo perdonando. Realiza estas obras grandes por su Espíritu, que vuelve fecundo el seno virginal de María.

Canto.

Saludo litúrgico.

Oración: Dios y Señor nuestro, te confesamos Padre todopoderoso, porque eres el creador del cielo y de la tierra, de lo visible y lo invisible. Confesamos tu señorío universal. La brisa del atardecer y el viento recio, el aleteo de la mariposa y el remolino del tornado nos hablan de tu cuidado y de tu fuerza. Renueva nuestras vidas. Por Jesucristo, nuestro Señor.

2. Escuchamos la Palabra de Dios

Lc 1,26-28.30-31.34-35

En el mes sexto, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo [...]. No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús». [...] Y María dijo al ángel: «¿Cómo será eso, pues no conozco varón?». El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios. También tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque *para Dios nada hay imposible*».

Silencio meditativo.

3. Meditamos con María y sobre María

Nuestro Dios no se parece a las divinidades ociosas de algunas religiones. Y no es impotente, como los ídolos, que, lejos de ser hacedores, son artefactos nuestros; esas piedras o leños tienen manos y no tocan, su garganta no tiene voz y no pueden proferir una palabra creadora. En cambio, el Dios eterno, el creador de los confines de la tierra, es poderoso, no se cansa ni se fatiga. Realiza *obras grandes*: crea, reconcilia y renueva por dentro con el perdón, cumple por el Espíritu su designio sobre la historia y recapitula todo en Cristo. Todo lo que quiere lo hace, en el cielo y en la tierra. Para él nada es imposible.

Los poderosos pretores romanos no se cuidaban de las menudencias, pero el estilo de Dios es distinto. Se abaja y llega hasta sus criaturas más humildes: cuida los lirios del campo, los gorriones, las hormigas, los mismos cuervos; hace crecer el majestuoso ciprés y viste la débil brizna de hierba; suyo es el mar y suya la fuente de la aldea, suyo el Templo y suya la sencilla casa en que vive María. Le pedimos que nos guarde como a las niñas de sus ojos.

María canta: «Ha hecho obras grandes por mí». Le ha dado la vida, le ha otorgado pertenecer al pueblo de la alianza, la ha mirado con amor, la ha colmado de su favor, la ha hecho más joven que el pecado, la ha bendecido entre las mujeres, ha enviado su espíritu creador para que la haga virginalmente fecunda y dé a luz al Mesías, la ha llamado a cooperar en la obra de la salvación, la ha acompañado en las pruebas y dolores, ha dilatado su maternidad ampliándola a los hermanos de su Hijo, la ha elevado junto a él a la gloria.



Texto complementario 1. Escribe el P. Claret sobre María: «No solo excede en bondad a todo lo criado, sino que excede también a todo lo que puede haber entre las puras criaturas; de modo que, criando Dios a María, hizo el mayor esfuerzo de su divina omnipotencia, dice el venerable Señeri. Bien pudiera haber criado Dios, y pudiera ahora, si quisiese, criar un cielo más rico y tachonado de estrellas, pudiera criar un océano más dilatado y anchuroso, una tierra más vistosa y hermosea de plantas y flores, más rica y cargada de frutas, de metales y de piedras preciosas, pero no una madre más excelente que María» (San Antonio María Claret, *Escritos marianos*. Edición preparada por Jesús Bermejo [Publicaciones Claretianas, Madrid, 1989] 109).

Texto complementario 2. Escribe el P. Claret: «En la expresión que decimos: El pan nuestro de cada día dánosle hoy, no solo le pedimos el pan para el cuerpo, sino también el pan para el alma, que es lo principal; pues, en cuanto al cuerpo, el que tiene cuidado de los pajarillos de los aires y de las flores de los prados, también cuidará de nosotros; por manera que, en cuanto a esto, ni nos hemos de apurar ni andar solícitos, porque, si buscamos primeramente el reino de Dios y su justicia, todo lo demás se nos dará por añadidura» (San Antonio María Claret, *Escritos marianos*, 231-232).

4. Oramos juntos

Glorificamos a nuestro Dios por todas sus obras. Repetimos:

Te bendecimos y te damos gracias, Señor.

- Porque todas las criaturas, aun las más pequeñas, llevan una huella de tu grandeza,
- Porque cuidas de la tierra, la riegas y la enriqueces sin medida,
- Porque nos has hecho a tu imagen según tu semejanza,
- Porque nos has confiado el dominio y cuidado de tu creación,
- Porque engrandesces y confortas a todos,
- Porque en tu Hijo te has mostrado infinitamente cercano,
- Porque manifiestas tu poder sobre todo con el perdón y la misericordia,
- Porque predestinaste a María para que fuera la madre de tu Hijo,
- Porque hiciste obras grandes por tu humilde sierva,
- Porque la elegiste para que fuera santa e irreprochable ante ti por el amor,
- Porque le diste un corazón nuevo y fiel,
- Porque la guiaste en su peregrinación de la fe,

- Porque le diste una mirada sensible hacia los que no tienen vino,
- Porque la asociaste a la Pascua de tu Hijo,
- Porque nos has confiado a su cuidado materno,
- Porque nos la propones como maestra de cordialidad.

Se pueden añadir algunas oraciones espontáneas... Padre Nuestro.

Oración conclusiva: Dios y Padre nuestro, Señor de cielo y tierra, tu Hijo, Jesús, lleno de júbilo en el Espíritu Santo, te dio las gracias porque habías revelado a los sencillos tu limpia y luminosa verdad; no estaba empañada por la doblez y la desconfianza instiladas en el corazón humano por el Tentador. Cada atardecer, el canto jubiloso de María, tu humilde sierva, recuerda esta verdad a tu Iglesia en oración. Crea, Padre, en nosotros, misioneros de tu evangelio, un corazón limpio como el suyo, para que te veamos, demos a conocer tu verdadero rostro entre los hombres y podamos entonar al final de cada jornada, con alegría, ese mismo himno en tu honor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Bendición.

Canto final: El Magnificat, en alguna de sus versiones, o alguna estrofa suya. O bien el himno al Corazón de María.



1. Introducción

Monición de entrada: Dios es el solo santo, el santo por esencia. Su santidad califica todo lo que pertenece a su ser o se vincula con él: su santo brazo, su santo nombre, su santa morada, su santa ley, la Escritura santa, los santos ángeles, su pueblo santo... La Iglesia confiesa la santidad infinita de Dios que, por Jesucristo y con la fuerza del Espíritu Santo, da vida y santifica todo. Y contempla a María como la toda santa, por la obra primorosa de la Trinidad Santísima.

Canto.

Saludo litúrgico.

Oración: Señor Dios nuestro, te bendecimos porque diste a María la gracia de comprender el misterio de tu santidad: confesó que tu inefable nombre es santo y debe ser venerado en profundo silencio y respeto, y en el mismo impulso confesante proclamó tu misericordia, que llega a tus fieles y se ofrece gratuitamente a cuantos se han alejado de ti. Otórganos esa misma gracia de comprender y venerar el misterio de tu santidad y aclamar tu misericordia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

2. Escuchamos la Palabra de Dios

Is 6,1-3.5-7

El año de la muerte del rey Ozías, vi al Señor sentado sobre un trono alto y excelso: la orla de su manto llenaba el templo. Junto a él estaban los serafines, cada uno con seis alas: con dos alas se cubrían el rostro, con dos el cuerpo, con dos volaban, y se gritaban uno a otro diciendo: «¡Santo, santo, santo es el Señor del universo, llena está la tierra de su gloria!». Yo dije: «¡Ay de mí, estoy perdido! Yo, hombre de labios impuros, que habito en medio de gente de labios impuros, he visto con mis ojos al Rey, Señor del universo». Uno de los seres de fuego voló hacia mí con un ascua en la mano, que había tomado del altar con unas tenazas; la aplicó a mi boca y me dijo: «Al tocar esto tus labios, ha desaparecido tu culpa, está perdonado tu pecado».

Silencio meditativo.

3. Meditamos con María y sobre María

«Su nombre es santo». Ese nombre de Dios es como un doble de su misma realidad. Ante la santidad divina hay que guardar distancia, descalzarse y postrarse (cf. Éx 3,5); por su infinita santidad, Dios merece nuestra adoración. Y ante Jesús, «el Santo de Dios» (Mc 1,24), los espíritus inmundos tiemblan y Simón Pedro exclama, sobrecogido: «Apártate de mí, Señor, que soy un pecador» (Lc 5,8). Pero la santidad de Dios es a la vez una santidad que se acerca, acoge, purifica, renueva. No santificamos su nombre cuando, al reflexionar sobre nosotros, pensamos que Dios ha fabricado basura o que no se abaja a cuidar de estos pobres desgraciados que son un caso perdido. No lo somos: «Toda penitencia del hombre es la coronación de una esperanza de Dios» (Péguy). No dejemos de creer que su Hijo bajó del cielo por nosotros los hombres y por nuestra salvación, para que tengamos vida abundante.

María nos enseña a santificar el nombre de Dios con esa confianza que es abandono y diligencia, y que supera, por tanto, el agobio y la desidia; con la obediencia alegre y decidida del «hágase», tanto el solemne de la Anunciación como los humildes que lo preceden o los graves que lo seguirán; con el cumplimiento de los ritos prescritos por la santa Ley de Dios; con la búsqueda afanosa durante tres interminables días; con la renuncia a ser una madre celosamente replegada sobre su Hijo (MC 37); con la pertenencia a una Iglesia de pecadores perdonados; con el amén final.



Texto complementario 1. «El Espíritu Santo [...], escogiendo a María para Esposa suya, esto es, para Esposa de una Persona divina que, por antonomasia, se llama Santa, debíale prodigar todos los carismas de santidad propios para hacerla la más santa de todas las criaturas, la más digna de todas ellas de ser su Esposa, y se las prodigó compartiendo con Ella todo cuanto podría Él dar y Ella recibir. Así quedó María dotada de una santidad la más eminente en lo criado, de una santidad sobrehumana, de una santidad sobreangelical, de una santidad divina por participación, de una santidad, en fin, que la constituye digna Esposa de tan santo Esposo. [...] Las tres Personas de la santísima Trinidad concurren todas a formar a María la más cabal y parecida imagen de las mismas, a hacerla para el mundo como una fotografía visible de la invisible Trinidad» (San Antonio María Claret, *Escritos marianos*, 344-345).

Texto complementario 2. «“Dios” es la más atacada de todas las palabras humanas. [...] El género humano ha descargado en esta palabra el peso de sus angustias y la ha pisoteado; yace en el polvo y carga con el peso de todos. Los hombres han desgarrado esta palabra con sus divisiones religiosas; han matado por ella y han muerto por ella; lleva la marca de los dedos de todos y de la sangre de todos [...]. Pintan figuras grotescas y debajo de ellas escriben “Dios”; se matan entre sí y dicen hacerlo “en nombre de Dios”. Pero cuando desaparece el espejismo y la mentira, cuando ellos se encuentran cara a cara con él en la más solitaria tiniebla y ya no dicen “él, él”, sino que suspiran “Tú, Tú”, gritan “Tú”, todos lo mismo, y si entonces añaden “Dios”, ¿no es el Dios real el que ellos invocan, el Uno Viviente, el Dios de los hijos de los hombres? ¿No es él el que los oye?, ¿el que los escucha? ¿Y no es precisamente así como la palabra “Dios”, la palabra de la invocación, la palabra convertida en nombre, es bendecida para siempre en todas las lenguas humanas?» (Martin Buber, *Gottesfinsternis*, 1962, p. 509).

4. Oramos juntos

Alabemos a nuestro Dios, que colmó con toda clase de bendiciones a María, y cuyo nombre ella santificó, y digámosle:

Te bendecimos y te damos gracias, Señor.

- Porque María nunca tomó tu nombre en vano,
- Porque su rostro es el que más se asemeja a Cristo,
- Porque le otorgaste los dones del Santo Espíritu,
- Porque conoció la dicha de creer y obedecer,

- Porque amó tu voluntad y aceptó tu designio,
- Porque te sirvió con santidad y justicia todos sus días,
- Porque fue oyente de la Palabra, en alta fidelidad,
- Porque fue, en su corazón, mujer guardiana de la memoria,
- Porque buscó el sentido y razón de ser de las manifestaciones de Jesús,
- Porque nos la propones como modelo de entrega a ti,

Se pueden añadir algunas oraciones espontáneas... Padre Nuestro.

Oración conclusiva: Dios y Padre nuestro, Señor de cielo y tierra, tu Hijo, Jesús, lleno de júbilo en el Espíritu Santo, te dio las gracias porque habías revelado a los sencillos tu limpia y luminosa verdad; no estaba empañada por la doblez y la desconfianza instiladas en el corazón humano por el Tentador. Cada atardecer, el canto jubiloso de María, tu humilde sierva, recuerda esta verdad a tu Iglesia en oración. Crea, Padre, en nosotros, misioneros de tu evangelio, un corazón limpio como el suyo, para que te veamos, demos a conocer tu verdadero rostro entre los hombres y podamos entonar al final de cada jornada, con alegría, ese mismo himno en tu honor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Bendición.

Canto final: El Magnificat, en alguna de sus versiones, o alguna estrofa suya. O bien el himno al Corazón de María.



1. Introducción

Monición de entrada: Dos veces se menciona la misericordia de Dios en el Magníficat. María la ha experimentado y la contempla como río caudaloso que fluye a lo ancho del espacio y a lo largo del tiempo. Es un tema que atraviesa todo el evangelio de san Lucas, donde Jesús nos intima: «Sed misericordiosos, como vuestro Padre celestial es misericordioso». A María la aclamamos como *reina y madre de misericordia*, y le pedimos: «Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos».

Canto.

Saludo litúrgico.

Oración: Dios y Señor nuestro, te confesamos «Padre de las misericordias». Tus entrañas se conmueven al ver a tus hijos. Atraes con lazos de amor a los que se han apartado de ti y nos acoges lleno de alegría y celebras un banquete cuando volvemos a casa. No quieres que se pierda ni uno solo de los pequeños cuyos ángeles contemplan tu rostro. Nada ni nadie nos podrá separar de tu amor, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

2. Escuchamos la Palabra de Dios

Sal 36,6-11

Señor, tu misericordia llega al cielo, tu fidelidad hasta las nubes; tu justicia es como las altas cordilleras, tus juicios son como el océano inmenso. Tú socorres a hombres y animales; ¡qué inapreciable es tu misericordia, oh, Dios!, los humanos se acogen a la sombra de tus alas; se nutren de lo sabroso de tu casa, les das a beber del torrente de tus delicias, porque en ti está la fuente viva, y tu luz nos hace ver la luz. Prolonga tu misericordia con los que te reconocen, tu justicia con los rectos de corazón

Silencio meditativo.

3. Meditamos con María y sobre María

El salmista se pregunta con angustia, a la vista de la desgracia que se ha cernido sobre el pueblo: «¿Es que el Señor nos rechaza para siempre y ya no volverá a favorecernos? ¿Se ha agotado ya su misericordia, se ha terminado para siempre su promesa?» (Sal 77,8-9). En esa situación necesita echar mano de los recuerdos y asirse a ellos con fuerza. No podía faltar la memoria del éxodo, convertida en ancla de la esperanza. Nosotros no podemos olvidar la aparición de la humanidad del Salvador. De ella decía san Bernardo: «Es como si Dios hubiera vaciado sobre la tierra un saco lleno de su misericordia; un saco que habría de desfondarse en la pasión, para que se derramara nuestro precio, oculto en él; un saco pequeño, pero lleno. Ya que se nos ha dado un niño, pero en él habita toda la plenitud de la divinidad». Esa misericordia no degrada ni humilla; por el contrario, nos dignifica.

María conoce de primera mano, en su mente y sus entrañas, la misericordia de Dios. Sabe que no es gota menuda de rocío que se evapora; es una marea inundatoria que «llega a sus fieles de generación en generación». De ahí brota la alegría plena de la madre del Señor, no surcada por arruga alguna de tristeza. Es y se siente pobre, pero no triste: Dios le da más alegría que si abundara en trigo, vino, lujosas mansiones, rico ajuar y una inmensa multitud de seguidores. Y podrá prorrumpir en alabanzas: «¡Ha hecho por mí prodigios de misericordia!» (Sal 31,22). Su corazón materno entiende de misericordia y sabe ejercerla.



Texto complementario 1. Escribe el P. Claret sobre María: «Ella, como dice San Bernardo, se hace toda para todos; abre el seno de su gran misericordia, para que todos sean partícipes de la plenitud de sus gracias; por medio de María el cautivo alcanza la libertad, el enfermo la salud, el triste el consuelo, el pecador el perdón de sus culpas, el justo el aumento de gracia y el ángel la alegría» (San Antonio María Claret, *Escritos marianos*, 122-123).

Texto complementario 2. «Un santo, cuyo nombre no recuerdo, tuvo una visión, durante la cual vio a Satán de pie ante el trono de Dios. Y habiendo prestado oído, oyó al espíritu maligno que decía:

“¿Por qué me has condenado a mí que solo te he ofendido una vez, mientras que salvas a millares de hombres que te han ofendido tantas veces?”

Le respondió Dios:

“¿Me has pedido perdón una sola vez?”» (Joseph de Maistre).

4. Oramos juntos

En unión con el Corazón de María, dirigimos al Padre nuestras alabanzas y bendiciones. Respondemos:

Porque tu misericordia no tiene fin.

- A ti, que haces salir el sol sobre buenos y malos y envías la lluvia a justos e injustos, te alabamos:
- A ti, que das semilla al sembrador y pan al que come, te alabamos:
- A ti, en quien vivimos, nos movemos y existimos, te alabamos:
- A ti, que quieres que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, te alabamos:
- A ti, que has sembrado semillas de la Palabra en los pueblos y las culturas, te alabamos:
- A ti, que no estás lejos del que te busca sinceramente, te alabamos:
- A ti, que te has revelado lento a la ira y rico en piedad con tu pueblo, te alabamos:
- A ti, que enviaste a tu Hijo, nacido de las entrañas de María, para que todo el que crea en él tenga vida eterna, te alabamos:

- A ti, que nos reconciliaste contigo por medio de la sangre del Cordero sin mancha, te alabamos:
- A ti, que nos perdonas nuestras culpas, te alabamos:
- A ti, que nos has dado a María como reina y madre de misericordia, te alabamos:
- A ti, que nos impulsas por el Espíritu a anunciar el evangelio de la alegría a los pobres, te alabamos.

Se pueden añadir algunas oraciones espontáneas... Padre Nuestro.

Oración conclusiva: Dios y Padre nuestro, Señor de cielo y tierra, tu Hijo, Jesús, lleno de júbilo en el Espíritu Santo, te dio las gracias porque habías revelado a los sencillos tu limpia y luminosa verdad; no estaba empañada por la doblez y la desconfianza instiladas en el corazón humano por el Tentador. Cada atardecer, el canto jubiloso de María, tu humilde sierva, recuerda esta verdad a tu Iglesia en oración. Crea, Padre, en nosotros, misioneros de tu evangelio, un corazón limpio como el suyo, para que te veamos, demos a conocer tu verdadero rostro entre los hombres y podamos entonar al final de cada jornada, con alegría, ese mismo himno en tu honor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Bendición.

Canto final: El Magnificat, en alguna de sus versiones, o alguna estrofa suya. O bien el himno al Corazón de María.



1. Introducción

Monición de entrada: María no es una alienígena caída de repente en este mundo. Es hermana nuestra en humanidad y se sabe inserta en la historia de un pueblo. Está entroncada en ese pueblo y en su serie de generaciones. Es israelita por los cuatro costados: participa en la fe y creencias de Israel, en sus ritos, en sus dramas, en sus esperas y esperanzas, en su oración.

Canto.

Saludo litúrgico.

Oración: Dios de los padres y Señor de la misericordia, tú eres el Eterno. Tuyo es el tiempo y tuyos son los tiempos: el del principio en que creaste el cielo y la tierra, el de los albores de la historia humana, el del nuevo comienzo que estableciste con Abrahán, el tiempo de plenitud en que enviaste a tu Hijo, y tuyo también este año de gracia nuestro. Eres el que abre oportunidades inéditas en la marcha de los pueblos y en la vida de las personas, el que hará nuevas todas las cosas.

2. Escuchamos la Palabra de Dios

Éx 3,13-18

Moisés dijo a Dios: «Mira, yo iré a los hijos de Israel y les diré: “El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros”. Si ellos me preguntan: “¿Cuál es su nombre?”, ¿qué les respondo?». Dios dijo a Moisés: «“Yo soy el que soy”. Esto dirás a los hijos de Israel: “Yo soy” me envía a vosotros». Dios añadió: «Esto dirás a los hijos de Israel: “El Señor, Dios de vuestros padres, el Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob, me envía a vosotros. Este es mi nombre para siempre: así me llamaréis de generación en generación”». «Vete, reúne a los ancianos de Israel y diles: El Señor Dios de vuestros padres se me ha aparecido, el Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob, y me ha dicho: “He observado atentamente cómo os tratan en Egipto y he decidido sacaros de la opresión egipcia y llevaros a una tierra que mana leche y miel”».

Silencio meditativo.

3. Meditamos con María y sobre María

A diferencia de los maniqueos, no contraponemos el Dios del Antiguo Testamento, como un Dios malo, y el Dios del Nuevo Testamento, como el Dios bueno. Sin duda, la imagen de Dios se fue depurando a lo largo de la historia de Israel; pero el Padre de Nuestro Señor Jesucristo es el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el Dios que se reveló a Moisés, con quien hablaba cara a cara, y el Dios de los profetas y sabios de Israel. No es cuestión de aferrarse a lo conocido y de rechazar lo nuevo, pero tampoco de borrar, escandalizados, lo antiguo y apegarnos a lo nuevo; es cuestión de percibir la continuidad dentro de la misma novedad.

María se sabe descendiente del linaje de Abraham. Pero no desciende solo según la carne; pertenece a la estirpe de Abraham según la fe. Esta fe sabe que *para Dios nada hay imposible*. El ángel se lo recuerda en la Anunciación, quizá para que cincele en su corazón esa palabra y la tenga como divisa de su vida. No le faltarán penas ni trabajos y habrá de atravesar la calle de la amargura. Cuando sobrevengan las tinieblas y el viento gélido de la hora sexta, la antorcha de su fe se mantendrá encendida, alimentada en una palabra que no falla. A los hijos de su Corazón nos llama, en esta hora presente de un cierto eclipse de Dios, a mantener viva la fe y a transmitirla sin titubeos ni tardanzas.



Texto complementario 1. Escribe el P. Claret: «En el pueblo escogido, único entre todos que conservó fielmente las venerandas tradiciones de la consoladora verdad que debía regenerar el mundo, los Patriarcas suspiraban sin cesar por el cumplimiento de las divinas promesas; los Profetas, inspirados por Dios, alentaban a los justos vaticinándoles en mayor o menor plazo la venida del divino Consolador y reprendían los vicios de los pecadores, excitándoles a prepararse para recibir al Santo de los santos. Llegó, por fin, el día, sonó la tan deseada hora que en sus altos y adorables fines había fijado el Altísimo para soltar la primera prenda precursora y garante seguro de la fidelidad de sus promesas. De la estirpe de los Patriarcas y Profetas nació en Nazaret una niña, concebida sin mancha alguna de pecado, llena de gracia y resplandeciente de santidad. Esta es la Virgen vaticinada por Isaías, la Virgen que desposada muy jovencita con el virgen san José, y sin detrimento alguno de su inefable virginidad, debía dar al mundo su libertador» (San Antonio María Claret, *Escritos marianos*, 352).

Texto complementario 2. «Un catecúmeno adulto notaba grandes dificultades para descubrir la historia de Abraham que respondía a la llamada de Dios. No veía por qué su preparación para el bautismo tenía que pasar por el estudio de aquella historia antigua con la que no percibía ningún vínculo personal. Un día, se produjo la iluminación. Exclamó: “¡Abraham soy yo!”. El relato había funcionado para él: había entrado en la historia, se había identificado con el personaje. La vocación de Abraham se convertía en la parábola de su propia llamada a la fe» (Bernard Sesboüé, *De la narrativité en théologie: Gregorianum*, 75 [1994] 425).

4. Oramos juntos

En unión con el Corazón de María, damos gracias al Padre. Respondemos:

Te damos gracias, Padre nuestro.

- Por Abrahán, tu amigo, por Isaac, tu siervo, por Israel, tu consagrado,
- Por Moisés, pastor de tu pueblo y por la santa viña de David, tu servidor,
- Por los profetas y profetisas, testigos veraces de tu antigua alianza,
- Por las madres de Israel,
- Por el resto santo, que se mantuvo fiel a ti,
- Por los primeros discípulos y discípulas de Jesús, tu Hijo,
- Por los apóstoles, testigos de la Pascua de Cristo,
- Por tu Iglesia santa, establecida sobre el cimiento de los apóstoles y profetas,
- Por todos los santos y santas, que han creído en ti y te han buscado y amado sobre todas las cosas.

Se pueden añadir algunas oraciones espontáneas... Padre Nuestro.

Oración conclusiva: Dios y Padre nuestro, Señor de cielo y tierra, tu Hijo, Jesús, lleno de júbilo en el Espíritu Santo, te dio las gracias porque habías revelado a los sencillos tu limpia y luminosa verdad; no estaba empañada por la doblez y la desconfianza instiladas en el corazón humano por el Tentador. Cada atardecer, el canto jubiloso de María, tu humilde sierva, recuerda esta verdad a tu Iglesia en oración. Crea, Padre, en nosotros, misioneros de tu evangelio, un corazón limpio como el suyo, para que te veamos, demos a conocer tu verdadero rostro entre los hombres y podamos entonar al final de cada jornada, con alegría, ese mismo himno en tu honor. Por Jesucristo, nuestro Señor

Bendición.

Canto final: El Magnificat, en alguna de sus versiones, o alguna estrofa suya. O bien el himno al Corazón de María.



1. Introducción

Monición de entrada: María canta a Dios, que auxilia a Israel, su siervo, *acordándose de la misericordia*. Ya antes, con su propio nombre, Zacarías («Dios se acuerda») había confesado que Dios mantiene fielmente su santa alianza y, por lo mismo, el hijo de su vejez debe llevar el nombre de Juan, que es toda una confesión de la gracia («Dios ha hecho gracia»). Todo el acontecimiento de Cristo, desde la concepción en el seno de María hasta su Pascua, es obra de la buena memoria del Dios misericordioso y fiel.

Canto.

Saludo litúrgico.

Oración: Padre y Señor nuestro, todo está presente ante ti, todo es «contemporáneo» a tu ahora eterno. Llevas grabado nuestro nombre en la palma de tu mano y recoges nuestras lágrimas en tu odre. Cuentas el número de las estrellas y los pasos de tus amigos. Tu corazón es el guardián de la memoria, porque nuestras vidas son preciosas para ti. Solo dejas caer en el olvido nuestras infidelidades. Mira si nuestro camino se desvía, guíanos por el camino eterno. Por Jesucristo, nuestro Señor.

2. Escuchamos la Palabra de Dios

Is 49,13-16

Exulta, cielo; alégrate, tierra; romped a cantar, montañas, porque el Señor consuela a su pueblo y se compadece de los desamparados. Sion decía: «Me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado». ¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré. Mira, te llevo tatuada en mis palmas, tus muros están siempre ante mí.

Silencio meditativo.

3. Meditamos con María y sobre María

La Escritura presenta una alternancia de memoria y olvido divinos, tanto en la súplica del fiel o del pueblo como en los propósitos de Dios. Por un lado nosotros le decimos: «¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome? ¿Hasta cuándo me esconderás tu rostro?» (Sal 13,2); y también: «Acuérdate de mí con misericordia, por tu bondad, Señor» (Sal 25,7b). Él a su vez responde: «Aunque una madre se olvide de su criatura, yo no te olvidaré» (Is 49,15). Por otro lado le pedimos: «No te acuerdes de los pecados ni de las maldades de mi juventud» (Sal 25,7a); y él declara: «Cancelo tus crímenes y olvido tus pecados» (Is 43,25; cf. Jer 31,34; Heb 8,12; 10,17). Y como la muerte lleva al país del olvido, pedimos al Dios viviente que no nos deje abandonados en ese desierto de la desmemoria.

Dios se ha acordado de María. No la ha dejado en el país del olvido y de las sombras. Ha recordado su propia misericordia divina y ha recordado el amor y fidelidad de su sierva. La ha resucitado de entre los muertos por el poder del Espíritu y la ha asociado a la gloria de su Hijo. El monumento que ha levantado para recordarla no es una estatua ni una lápida sepulcral, sino el cuerpo en que ella vivió esa historia de acogida de su gracia, pasó por pruebas, se estremeció y saltó de júbilo, sintió la angustia, acunó y tuvo en brazos al Niño y como propone la memoria cristiana tuvo sobre sus rodillas al Crucificado.



Texto complementario 1. Cierta misionero visitaba una de las comunidades encomendadas a su atención pastoral. En el diálogo sostenido con los asistentes al encuentro, planteaba una pregunta: «Usted, Pedro, ¿cómo cree que es Dios?». Pedro dio su respuesta. «Y usted, Juana, ¿cómo se representa a Dios?». Juana dio su respuesta. «Y usted..., usted..., usted, señora, ¿quién es Dios para usted?». Respondió la señora: «Para mí, Dios es alguien que desde siempre conoce mi nombre».

Texto complementario 2. Podemos invocar a María con esta oración tradicional en que le pedimos que se acuerde de nosotros: «Acordaos, ¡oh, piadosísima Virgen María!, que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a vuestra protección, implorado vuestra asistencia y reclamado vuestro socorro, haya sido desamparado. Animado por esta confianza, a Vos también acudo, ¡oh, Madre, Virgen de las vírgenes!, y gimiendo bajo el peso de mis pecados me atrevo a comparecer ante vuestra presencia soberana. ¡Oh, Madre de Dios!, no desechéis mis súplicas, antes bien, escuchadlas y acogedlas benignamente. Amén».

4. Oramos juntos

Padre y dueño nuestro, evocamos a María, que guardaba en su corazón todas aquellas cosas de que fue testigo. Repetimos:

Mira a la madre de tu Hijo y escúchanos.

- Te pedimos nos concedas la gracia de hacer memoria de Jesucristo, tu Hijo, resucitado de entre los muertos, que mostró al apóstol Tomás su Corazón traspasado,
- Te pedimos la gracia de celebrar con fe y en comunión el memorial de su cruz y resurrección,
- Te pedimos la gracia de recordar las obras memorables que has realizado en la historia,
- Te pedimos la gracia de llevar vivamente grabado en el corazón el mandamiento principal,
- Te pedimos la gracia de vivir el segundo mandamiento, la otra tabla de tu santa Ley,
- Te pedimos la gracia de rememorar con gratitud tu historia de salvación en nuestra vida congregacional y personal,
- Te pedimos la gracia de estar siempre reconocidos a tu misericordia por el perdón que nos otorgas una y otra vez,

- Te pedimos la gracia de no olvidar a las personas que nos han ayudado a crecer y a creer,
- Y confiamos a tu cuidado y memoria las personas que son víctimas de nuestro olvido o dejadez y nuestros hermanos que durmieron con la esperanza de la resurrección y duermen el sueño de la paz.

Se pueden añadir algunas oraciones espontáneas... Padre Nuestro.

Oración conclusiva: Dios y Padre nuestro, Señor de cielo y tierra, tu Hijo, Jesús, lleno de júbilo en el Espíritu Santo, te dio las gracias porque habías revelado a los sencillos tu limpia y luminosa verdad; no estaba empañada por la doblez y la desconfianza instiladas en el corazón humano por el Tentador. Cada atardecer, el canto jubiloso de María, tu humilde sierva, recuerda esta verdad a tu Iglesia en oración. Crea, Padre, en nosotros, misioneros de tu evangelio, un corazón limpio como el suyo, para que te veamos, demos a conocer tu verdadero rostro entre los hombres y podamos entonar al final de cada jornada, con alegría, ese mismo himno en tu honor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Bendición.

Canto final: El Magníficat, en alguna de sus versiones, o alguna estrofa suya. O bien el himno al Corazón de María.



1. Introducción

Monición de entrada: Toda realidad lleva en sí una promesa: el aire brinda oxígeno, el agua calma la sed, el suelo da base firme para caminar, el vino alegra el corazón... Cada uno de estos dones se funda en el poder y cuidado del Creador, que es la realidad de las realidades. En la historia de la salvación ha dilatado sus promesas: él mismo se nos da como Vida de nuestra vida y como meta de nuestra peregrinación. En María ha anticipado las promesas hechas a su Iglesia, a todos sus hijos.

Canto.

Saludo litúrgico.

Oración: Señor y Padre santo, tú has pronunciado en Cristo un sí irrevocable en favor nuestro. Esta decisión sin vuelta nos libera de la incertidumbre y la ansiedad. Tú no sabes desdecirte, eres eternamente fiel a tus promesas y no puedes negarte a ti mismo. Que tu fidelidad despierte nuestra ilimitada gratitud y afiance en nosotros una fidelidad a toda prueba. Por Jesucristo, nuestro Señor.

2. Escuchamos la Palabra de Dios

Dt 7,6-9.12

Tú eres un pueblo santo para el Señor, tu Dios; el Señor, tu Dios, te eligió para que seas, entre todos los pueblos de la tierra, el pueblo de su propiedad. Si el Señor se enamoró de vosotros y os eligió, no fue por ser vosotros más numerosos que los demás, pues sois el pueblo más pequeño, sino que, por puro amor a vosotros y por mantener el juramento que había hecho a vuestros padres, os sacó el Señor de Egipto con mano fuerte y os rescató de la casa de esclavitud, del poder del faraón, rey de Egipto. Reconoce, pues, que el Señor, tu Dios, es Dios; él es el Dios fiel que mantiene su alianza y su favor con los que lo aman y observan sus preceptos, por mil generaciones. [...]. Si escucháis estos decretos, los observáis y los cumplís, el Señor, tu Dios, te mantendrá la alianza y el favor que juró a tus padres.

Silencio meditativo.

3. Meditamos con María y sobre María

Dios es el Eterno y es el Señor de la historia. No está sometido al destino, como los dioses de la religión griega. Ninguna fatalidad o necesidad domina sobre él. Lo gobierna todo: el universo con sus innumerables galaxias, la naturaleza y sus procesos, la historia con sus avatares y las posibilidades que germinan en ella, las generaciones humanas. Él marca los tiempos y los momentos del reloj astronómico y de nuestro calendario histórico. En su decisión soberana está acortar el tiempo, por el bien de los elegidos, o ampliar el plazo, para que nos convirtamos a él y seamos el pueblo que da fruto en su sazón. Al llegar la plenitud de los tiempos envió a su Hijo, nacido de mujer. Culminará su obra, según su promesa suscrita en la Pascua de Jesús; apoyados en ella, podemos decirle: «En ti, Señor, esperé, jamás quedaré confundido».

María da crédito al anuncio-promesa de que va a concebir y dar a luz un hijo, en el momento y modo elegidos por Dios. Su fe descansa en la fidelidad del que es la Roca firme. Sabe que el paso del tiempo no erosiona la promesa. A ella le llegaron los distintos momentos de aquella plenitud de los tiempos: el de concebir (al sexto mes del anuncio a Zacarías), el de traerlo al mundo (en el reinado de Augusto), el de presentar al Niño en el Templo (a los cuarenta días de darlo a luz), el de subir con él a Jerusalén por Pascua (doce años después). Son jalones de un tiempo que llega, que crece, que rebosa, que colma, que está.



Texto complementario 1. Sobre la fidelidad de Dios se basa y se sustenta la nuestra. Claret la ve ejemplificada en la figura del perro: «El perro es un animal tan fiel y tan constante compañero de su amo, que ni la miseria, ni la pobreza, ni los trabajos, ni otra cosa alguna es capaz de hacerle separar de su dueño. Lo mismo debo hacer yo; tan fiel, tan constante he de ser en el servicio y amor de Dios, que pueda decir con el Apóstol que ni la muerte, ni la vida, ni otra cosa alguna pueda separarme [de Él]. El perro es más leal que un hijo, más obediente que un criado y más dócil que un niño. No sólo hace voluntariamente lo que el amo le manda, sino que además mira la cara del amo para conocer su inclinación y voluntad, a fin de cumplirlas sin esperar que se lo mande, lo que hace con la mayor prontitud y alegría, y aun se hace participante de los afectos del amo; por manera que es amigo de los amigos del amo y enemigo de sus enemigos. Yo debo practicar todas estas bellas cualidades en el servicio de Dios, mi querido Amo. Sí, gustoso haré lo que me mande, estudiaré su voluntad para cumplirla, sin esperar que me mande; ejecutaré con prontitud y alegría todo lo que disponga por sus representantes, que son mis superiores. Seré amigo de los amigos de Dios y trataré a los enemigos de Dios como Él disponga, ladrando contra sus maldades para que desistan de ellas... (San Antonio María Claret, *Autobiografía*, nn. 670-671).

Texto complementario 2. Un ateo cayó por un precipicio. Pudo agarrarse a una rama de un pequeño árbol, a 300 metros de las rocas del fondo. Tuvo una idea: «¡Dios!», gritó a pleno pulmón. Hubo silencio. «¡Dios! ¡Si existes, sálvame, y creeré en ti!». Más silencio. Pero, de pronto, suena una poderosa Voz: «Eso dicen todos cuando están en apuros». «¡No, Dios, no!», gritó él, un poco más esperanzado. «¡No soy como los demás! Ya he empezado a creer al haber oído tu Voz. Sálvame y proclamaré tu nombre hasta el fin de la tierra!». «De acuerdo», dijo la Voz, «*te salvaré*. Suelta esa rama». «¿Soltar la rama?», gimió el pobre hombre. «¿Crees que estoy loco?» (A. de Mello, *El canto de la rana* [abreviado]). Creer o no creer en la promesa: esa es la cuestión.

4. Oramos juntos

Damos gracias al Señor por los orígenes y la historia de nuestra Congregación y le pedimos por ella y por cada uno de nosotros. Respondemos:

Por intercesión de María, escucha nuestra oración.

- Concédenos, Padre, acompañar el paso de nuestra vida congregacional con el paso de la Iglesia universal y con el de las Iglesias particulares,
- Enséñanos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato,

- Concédenos vivir con fidelidad el don y la llamada de cada etapa de nuestra vida, como María,
- No permitas que nos encerremos en la estéril nostalgia de los «buenos tiempos pasados» y enséñanos a amar el tiempo presente,
- Haz que sepamos acoger con gratitud y responsabilidad el don precioso y vulnerable que es cada día,
- Danos un corazón vigilante que discierne las venidas de Cristo y los signos de su manifestación en nuestros contextos vitales,
- Vuélvenos conscientes de tu paciente espera, que nos concede un plazo para dar frutos de conversión,
- Envía tu Espíritu que nos haga crecer hasta alcanzar la madurez en Cristo.

*Se pueden añadir algunas oraciones espontáneas...
Padre Nuestro.*

Oración conclusiva: Dios y Padre nuestro, Señor de cielo y tierra, tu Hijo, Jesús, lleno de júbilo en el Espíritu Santo, te dio las gracias porque habías revelado a los sencillos tu limpia y luminosa verdad; no estaba empañada por la doblez y la desconfianza instiladas en el corazón humano por el Tentador. Cada atardecer, el canto jubiloso de María, tu humilde sierva, recuerda esta verdad a tu Iglesia en oración. Crea, Padre, en nosotros, misioneros de tu evangelio, un corazón limpio como el suyo, para que te veamos, demos a conocer tu verdadero rostro entre los hombres y podamos entonar al final de cada jornada, con alegría, ese mismo himno en tu honor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Bendición.

Canto final: El Magnificat, en alguna de sus versiones, o alguna estrofa suya. O bien el himno al Corazón de María.



Detalle del Inmaculado Corazón de María
en el icono de los Mártires Claretianos.



MISSIONARII **CLARETIANI**
IMMACULATI CORDIS MARIÆ FILII

PREFECTURA GENERAL DE ESPIRITUALIDAD
Y VIDA COMUNITARIA

